

"La espiritualidad de la imperfección": Entrevista con la Hna. Joan Chittister, benedictina



ITVR.- *Sister Joan: en el mundo de hoy se habla de espiritualidad en muchos sitios... Abundan los libros, las empresas organizan encuentros, reuniones que llaman 'retiros de empresa'. ¿Cómo entender hoy la palabra espiritualidad?*

Joan Chittister (JC): Es una pregunta realmente interesante; de las más interesantes que me han hecho. Yo me la he formulado muchas veces y me he preguntado por qué no me la hacían.

Recuerdo que hace unos quince o veinte años, quizá más, me sentí casi ofendida al entrar en las oficinas de una gran empresa y encontrar un gran cartel que decía: nuestra misión. Era una declaración sobre la misión de la empresa. Ahora oímos con frecuencia que los ejecutivos de una compañía se marchan unos días a un sitio expresamente buscado y cuidado, a algo que llaman retiro: tienen retiros de empresa. Es como si el mundo estuviera al revés.

Pero pensándolo, una se da cuenta de que la gente que está detrás de estas cosas sabe a dónde va y tiene claro lo que pretende. Hay empresas que logran que todo el mundo haga suyas esas preocupaciones; que todos los que participan en la empresa o en el proyecto, desde el ejecutivo que parece tener más categoría hasta quien atiende la puerta del edificio, orienten sus comportamientos y sus esfuerzos a esos objetivos que se han formulado. ¡A todos les preocupa el espíritu de la empresa!

Creo que en esos casos se habla de espiritualidad para referirse al espíritu de la empresa, de un proyecto. Viendo todo esto me pregunto en qué situación estamos nosotros: ¿qué alimenta hoy nuestra espiritualidad?, ¿qué espíritu es el que nos conduce?

El espíritu de los negocios tiene un objetivo muy claro: vender. El nuestro no está orientado a vender, sino a ser, a dar lo mejor de nosotros mismos. ¿Y cómo hacerlo? Mirar hacia atrás con nostalgia buscando las respuestas no lleva a ninguna parte. Se trata de ser en este mundo, de ser en las situaciones de hoy. Quizá en los contextos en que estamos viviendo el gran mensaje que podamos transmitir es que en la vida hay diversas maneras de estar en el mundo. Nuestra vida podría recordar esto; hacerlo presente. Creo que estamos más llamados a mostrar que a enseñar; a mostrar que hay otras formas de vida, otro espíritu. Un espíritu que no se identifica con el consumismo, la dominación, el deseo de notoriedad, el militarismo, la búsqueda del beneficio...

Jesús nos muestra el camino. Se pone al borde del camino, se preocupa de aquellos cuya salvación daban por descartadas las instituciones.

El espíritu de los negocios es muy distinto, prácticamente el contrario del nuestro. Yo me pregunto: ¿ve la gente esa diferencia? Nosotros mismos, ¿nos hemos dado realmente cuenta de ella? ¿Tenemos claras las motivaciones? ¿Estamos tan

convencidos del sentido y razón de ser de nuestra vida como parecen estar los directores de esas empresas de las que hablábamos?

ITVR.- Muchos hemos sido educados en la idea de la perfección, de la perfección del amor. Ahora se habla de espiritualidad de la imperfección. ¿Qué puede decirnos al respecto?

Recuerdo con gozo que en mis primeros años de vida benedictina alguien me dijo; no te preocupes, la imperfección y la mediocridad tienen sitio en nuestra regla.

Creo que históricamente determinadas concepciones de la perfección han prostituido la idea de perfección. Esas concepciones han hecho mucho daño y destruido muchas comunidades.

En la Regla de san Benito, en uno de sus capítulos más importantes, el VII, que es prácticamente la piedra angular de la Regla, se nos habla del primer grado de humildad. Una humildad que tiene mucho que ver con el reconocimiento de la presencia de Dios en nuestras vidas. El nos guía.

Sin embargo, durante mucho tiempo ha primado una teología que da mucho relieve al mérito. Era como si se tratara de ir consiguiendo el favor de Dios a base de celebraciones, rosarios, visitas, momentos de oración... en una especie de escalada. Cuantos más méritos, mejor. ¡Era un planteamiento demasiado capitalista!

Sin embargo, san Benito lo había planteado de otro modo: comienza por ser consciente de que ya has alcanzado a Dios. ¡Está dentro de ti! Ahora lo más importante que tienes que hacer es vivir en su presencia. Si lo haces, la vida te irá diciendo qué tienes que ser para los demás.

Hablar de espiritualidad de la imperfección es, en este sentido, hablar de humildad. No somos perfectos. No lo seremos nunca, pero podemos llegar a conocer a la perfección nuestros límites e imperfecciones. Todos tenemos carencias. Tenemos que aceptarlas. ¡Además Dios ya las ha aceptado! Las conoce muy bien y, pese a ellas, se acerca a nosotros.

De todos modos usted hablaba de la perfección del amor. ¡Es muy distinto hablar de perfección del amor que de perfección sólo! ¡La perfección del amor es otra cosa!

Tenemos que aceptarnos, que asumir quiénes somos, que darnos cuenta de que todas esas personas cuya perfección deseamos tienen también límites e imperfecciones. Podemos ser perfectamente conscientes de esa realidad y aceptarnos unos a otros. Cuando lo hagamos y abandonemos ese neurótico empeño en lograr una perfección que no alcanzaremos nunca, podremos entrar más fácilmente en el camino de la perfección del amor. Con algo de eso debe tener que ver la espiritualidad de la imperfección.

ITVR.- Nuestro Instituto Teológico de Vida Religiosa desea dar voz a las mujeres. Pero con frecuencia no es fácil que algunas acepten compartir su experiencia y sus conocimientos en ámbitos académicos. ¿Qué nos sugiere?

JC.- Permítan que responda en dos momentos. En Estados Unidos se han realizado estudios muy sugerentes en el campo de la psicología social analizando la experiencia del racismo y las dificultades sufridas por la población negra en los años 60, 70, 80.

Se ha querido indagar por qué muchas personas, con buen corazón, sin acceso a espacios de poder alguno, sólo encontraron un modo de canalizar sus frustraciones y expresarlas públicamente: provocar incendios y algaradas. Pero -¡y aquí es donde está lo interesante!- no fueron a hacerlo a los barrios en los que residían las élites blancas a quienes debían su situación de opresión, sino a sus propios barrios, a los sitios en los que la población negra residía. Los estudios son muy iluminadores: con mucha frecuencia los oprimidos llegan a interiorizar, a hacer suyas las convicciones y mensajes, las definiciones de la realidad que les transmiten los opresores. ¡Llegan incluso a creer lo que los opresores les dicen sobre sí mismos!

Durante miles de años, en casi todas las culturas, en casi todas las religiones, se han hecho determinadas afirmaciones sobre el varón y la mujer. Y se ha asociado la razón con el varón. Se han extendido ideas que todos, muchísimas mujeres también, hemos hecho nuestras. Hubo tiempos, por ejemplo, en los que aceptábamos sin discusión que las mujeres estamos mejor preparadas para atender a los niños, o que no servimos para determinados trabajos, habilidades o deportes. A veces hay cosas que se aceptan así y no se discuten. ¡Yo estuve años jugando al baloncesto sólo en media cancha porque algún médico había dicho que las mujeres no estábamos preparadas para correr por todo el campo! Y allí estábamos nosotras, en una esquina, totalmente domesticadas y arrinconadas, mirando cómo los chicos usaban todo el campo para jugar. A nosotras no se nos ocurrió hacerlo nunca.

Los varones y las mujeres tenemos dones. Creo que afrontamos la vida de modos distintos. Por eso es tan hermoso y rico que nos relacionemos. Pero en el mundo de hoy la mujer sigue ausente de demasiados lugares importantes en los que se toman grandes decisiones. Como consecuencia, la mitad de los intereses y preocupaciones de la humanidad, la mitad de los dones, la mitad de las respuestas, también se quedan fuera de esos espacios de diálogo y discusión.

Hay que hacer un esfuerzo para abrir espacios a las mujeres; incluso a mujeres que no están convencidas del valor de su palabra, que piensan que no tienen qué aportar. Y hay que dar pasos para que cuando se incorporen se sientan a gusto.

ITVR.- ¿Qué se le ocurre en este sentido? ¿Qué se puede hacer?

JC.- Las mujeres tenemos dones que ofrecer. Parece que estamos mejor dotadas para cuidar una relación, para preocuparnos del otro, para unir el pasado y el presente, para buscar la convergencia y el acuerdo entre preocupaciones o sensibilidades...

¿Quieren pruebas? ¡La Iglesia católica es una de ellas! Una de las pocas instituciones del mundo en la que las mujeres han ido haciendo su camino: se han organizado autónomamente, han construido casas, universidades, orfanatos... Han gestionado solas sus hospitales; se han marchado a las selvas más peligrosas cuando en sus países de origen ni siquiera se las dejaba andar solas por la calle; han sabido privarse durante años de pan y de alimento para ir haciéndose, ladrillo a ladrillo, paso a paso, con lo que necesitaban para construir una escuela o un hospital. ¡Hay dos historias de las mujeres! La historia de la mujer en la Iglesia es una hermosa historia bien llena de iniciativas.

Hay que integrar a la mujer en muchas más actividades. Hay que abrirla las puertas de instituciones como ésta, de esos foros importantes de discusión y decisión a los que me refería antes, aunque muchas no se sientan capaces de hacerse presentes o de estar. No es fácil porque muchas son las mismas mujeres las que tienen miedo o

no valoran su propia aportación. Pero hay que hacerlo: liberar los espacios teológicos y abrirlos a la mujer es realmente importante.

ITVR.- La experiencia nos dice que sigue habiendo diferencias importantes entre los jóvenes religiosos y religiosas. Muchas comunidades femeninas no están aún convencidas de que tras el noviciado las profesas necesitan una preparación espiritual, intelectual... Se sigue notando una gran carencia en este campo

JC.- Vamos haciendo un camino. Creo que las cosas van mejorando. Se va tomando otra conciencia. Pero es verdad que esa diferencia existe.

Uno de los factores que hay que tener en cuenta es que las comunidades femeninas tenemos que buscar ingresos que las comunidades masculinas suelen tener cubiertos por otros caminos. Siempre hemos sido muy trabajadoras. Y cuando se nos pide algo decimos que no con bastante más dificultad que los varones. Ante una petición, un seminario o una provincia religiosa, aunque tenga muchos jóvenes, dirá que no tiene gente, porque está convencida de que tiene que formarlos. Eso no pasa entre nosotras.

Hay que dar pasos. Si queremos crear grupos de mujeres preparadas, hay que valorar más la preparación, la capacitación. Hay que conseguir que las mismas religiosas jóvenes se convenzan de la necesidad de estar bien preparadas teológica y pastoralmente.

Se pueden tomar otras medidas. Se ha cuidado mucho la creación de becas para formar jóvenes sacerdotes. Creemos también becas para la formación de religiosas. Ofrezcámoslas a las congregaciones, aunque algunas vayan a implicar sólo a una persona cada muchos años; pero difundamos esas posibilidades. Incorporemos mujeres a los claustros de profesores. Medidas así enriquecerán a toda la comunidad eclesial.

Hablamos mucho de convertir las comunidades religiosas en verdaderos centros de espiritualidad. Pero eso sólo será posible si las personas consagradas, en este caso las mujeres (de las que estamos hablando), reciben una buena preparación. Hay que terminar con esa mentalidad a la que aludía su pregunta.

ITVR.- Nuestra Semana Nacional ha querido plantearse dos dimensiones: la revitalización carismática y la mejora organizativa. Su intervención en la Semana aborda la primera: ¿qué nos diría de la segunda? ¿Cómo organizarnos mejor?

JC.- Mi primera impresión es que se trata de un tema que no nos hemos tomado en serio hasta hace poco. No hemos hecho una reflexión profunda sobre el servicio de animación, sobre lo que llamamos liderazgo (leadership).

Seguimos confiando demasiado en una especie de gracia de estado; pensando que basta elegir a una persona o echarle agua bendita para que, sólo con sentarse en la silla que le corresponde, quede ya capacitada para ser el superior de una comunidad, el provincial o la general de una congregación. A ello hemos ligado una concepción demasiado militar de la obediencia.

Hay que pensar en serio lo que significa el liderazgo. Un liderazgo que en modo alguno es sinónimo de autoritarismo, aunque muchas veces hayamos mezclado los conceptos. Tenemos que tratar de escucharnos más unos a otros, y el animador debe

facilitar esa mutua escucha y estimular que la sabiduría y la inteligencia que existen en la comunidad salgan a la luz y se pongan al servicio de lo que como grupo necesitamos. Su función pasa por animarnos a buscar unidos como comunidad, a descubrir juntos lo que necesitamos, a marcarnos una dirección.

Hay muchos tipos de líderes. Los nuestros han de fortalecer al grupo, capacitarnos a todos para que busquemos respuestas, caminos... Ayudarnos a buscar las mediaciones, estructuras y experiencias que nos conviene adoptar, a decidir qué rumbo y opciones tomar... Hay líderes capaces de descubrir los otros liderazgos que hay en el grupo y de animar a que se ejerzan para el bien de todos. Los líderes deben animarnos a todos a preguntarnos qué responsabilidades nuevas podemos asumir en favor del grupo.

No hemos nacido para ser niños teológicamente. Hay que educar en y para la libertad, para la responsabilidad, para que todos aportemos lo que hemos recibido.

ITVR.- Joan, es usted benedictina. ¿Qué le sugiere la figura de Escolástica?

JC.- En nuestra familia benedictina estamos teniendo conversaciones realmente hermosas sobre la figura de Escolástica. No se puede olvidar que sólo la Iglesia misma es más antigua que nosotros: mil quinientos años de experiencia benedictina son muchos años.

En los últimos años se ha intentado restaurar algunas iglesias que existen en los alrededores de Nursia. En una de ellas, la que siempre se ha conocido como iglesia de santa Escolástica, nos hemos llevado varias sorpresas. En el arco que está sobre el altar, está la escena de un niño llevado de la mano por una mujer; el niño mira aterrizado a una especie de monstruo mientras una joven se enfrenta a él y lo ahuyenta. Esto nos ha hecho preguntarnos: ¿iría ella por delante?, ¿sería ella la iniciadora de esta forma de vida comprometida?

Además, en una de las paredes donde durante siglos ha estado la imagen de un anciano Benito, los restauradores han descubierto la figura, mucho más antigua, de una joven y bella muchacha, con las manos bien juntas en postura orante. ¿Quién sostuvo a quien?

La centenaria tradición oral nos lleva a creer que ambos se acompañaron y estimularon, que caminaron unidos, que los dos lideraron este camino, cada uno a su manera. Muchas veces se utiliza la expresión gemelos para referirse a ellos: un varón y una mujer que lograron alcanzar juntos cotas espirituales bien altas y que se han convertido en modelo para la Iglesia. ¡Me siento realmente orgullosa de ellos!

ITVR.- Vamos a hacerle algunas preguntas que piden una respuesta más ágil. ¿A qué mujeres admira usted más?

JC.- Teresa de Ávila es una figura muy importante en mi vida desde que cumplí los catorce años. He leído muchas veces sus escritos con verdadero interés. Mi madre me llamó Joan en memoria de Juana de Arco y aún hoy intento adquirir algo de la vitalidad, la valentía y el espíritu de aquella mujer. Tengo un gran respeto por figuras como Eleanor Roosevelt o por mujeres que se han dedicado al estudio y han sabido trasladar sus descubrimientos a la sociedad, como Margaret Mead. Puedo decir que más allá de nombres, en mi vida hay muchas mujeres de las que he recibido

mucho, en las que he visto mucha riqueza. Por eso ansío que su vitalidad y su dinamismo enriquezcan más a la Iglesia.

ITVR.- Vamos a evocar algunas palabras 'de siempre'. ¿Qué le sugieren? Empecemos por castidad, celibato...

JC.- Ambas realidades tienen que ver con la donación de uno mismo, con el compromiso total con la prolongación de la vida de acuerdo con el espíritu de Dios. La castidad y el celibato me hablan de un estar dándose continuamente, de un entregarse que no cesa.

ITVR.- Pobreza.

JC.- La pobreza tiene que ver con la sencillez, con la disposición a vivir de manera que otros puedan vivir de verdad.

ITVR.- Obediencia.

JC.- La obediencia es escucha. Tiene que ver con aprender que tú no tienes todas las respuestas; que mucha gente, que algunas realidades (factors ?), que fases privilegiadas de tu vida van a ser voz de Dios para ti. Hay que aprender a leer las circunstancias, a escuchar a las personas sabias. En ellas podrás oír la voz de Dios tal como está recogida en las Escrituras.

ITVR.- Renuncia.

JC.- La palabra renuncia me habla de sacrificio, de lo contrario a la autosuficiencia, de un sacrificio de uno mismo que se busca no por sí, sino para contribuir al desarrollo de la vida.

ITVR.- Fuga mundi.

JC.- ¡Un concepto bien benedictino! Creo que tiene mucho que ver con la capacidad de centrarse, de recogerse (¿hermitaje?) en el corazón.

ITVR.- Trabajo.

JC.- Me sugiere creatividad. Hay que dar espacio a la creatividad. Cuando ella entra en un sitio las cosas ya son de otro modo.

ITVR.- Comunidad

JC.- No encuentro otra palabra mejor que la misma palabra comunidad. Me habla de llevar la unidad a un grupo; de una unidad que no significa conformidad, aunque muchas veces hayamos confundido los dos términos.

ITVR.- Humor.

JC.- ¡Ahá! (dice riéndose). El humor es el elixir de la vida. Tiene mucho que ver con otra manera de entendernos a nosotros mismos, y con lo que hoy nos dicen los científicos sobre el caos. En medio del caos también hay orden. De eso nos habla el humor: en medio de lo que parece todo desorden, pueden estar naciendo cosas maravillosas.

(Entrevistaron Bonifacio Fernández y José Cristo Rey García; tradujo del inglés al español, Pedro Belderrain)

Miércoles 30 de enero de 2008

Fuente del texto (4-5-2012):

<http://www.itvr.org/Entrevista-con-la-Hna-Joan>